

CELCIT. Dramática Latinoamericana 682

MACEDONIO

Enrique Papatino (Argentina)

PERSONAJES

FERNÁNDEZ, EL VIEJO

GÓMEZ, EL VISITANTE

NICOLASA, LA CASERA

Fernández, solo.

Tiene puesto un sobretodo bastante viejo.

FERNÁNDEZ

Hay demasiados centenarios de hombres ilustres, sólo porque cada uno de ellos nació algún día. Estas fechas se soportan cada año por compulsión aniversaria. En lo que a mí respecta, por el momento no tengo más de setenta años, lo que no es mucho descontando lo me dicen que he dormido, aunque lo he dormido con ojos abiertos.

He leído tanto, se hace tanta política en mi país. Hay tantos vegetarianos, moralistas, salvacionistas, tantas estatuas de hombres abnegados, tantos mártires, tantos conferencistas y concertistas, tantos discursos de inauguración. Creo que a causa de todo eso tengo en realidad ciento cincuenta y siete años.

Una buena edad para pescar palometas y enamorarse para siempre.

El cerebro funciona desde que uno nace hasta que se enamora. Seamos imposibles. Dejemos lo posible para otro día. Si quiero un amor, lo quiero secreto, prohibido, imposible, verdadero, eterno.

Fernández intenta llevar al papel sus versos... Luego enarbola una vieja guitarra. Coloca sus dedos. Ensaya algo para lo que se muestra algo torpe. Estruja, abolla, rompe papeles. Abandona. En un arrebato entra a escena.

UNO

Habitación oscura y de extrema austeridad. Hay un ropero con papeles sueltos, una mesita con tres libros, y un mueble bajo con una sartén, un calentador Primus, un plato y una cuchara. En la sombra se adivina un catre con las sábanas revueltas.

En un extremo hay un soporte vacío para una guitarra.

En el otro extremo está GÓMEZ, esperando. Tiene un maletín y viste con sobria corrección. FERNÁNDEZ ha entrado con actitud ágil y dispuesta, pese a su edad. Trae la guitarra aferrada del diapasón. Se quita el sobretodo, debajo del cual se abre paso un pijama veterano. Su barba está desordenada y su aspecto general linda lo paupérrimo.

FERNÁNDEZ no ve, en principio, que hay alguien en la habitación, por lo que procede como si estuviera solo. Apoya la guitarra en el pie, se saca el sombrero, lo cuelga. Mira si la pava tiene agua. Luego, metódicamente gira para sentarse en el sillón, Recién entonces ve a GÓMEZ, que ha permanecido de pie en un lateral.

FERNÁNDEZ

¿Usted aquí, Gómez?

GÓMEZ

¿Cómo está, querido amigo?

GÓMEZ pretende avanzar.

FERNÁNDEZ lo detiene con la palma.

FERNÁNDEZ

Esperesé. (*GÓMEZ se detiene*). Tenga conciencia de que, a cada paso que da, tiene un pie en el pasado y otro en el porvenir.

GÓMEZ

Lo tendré en consideración.

FERNÁNDEZ

La mejor forma de percibir el presente es evitar toda caminata. Dejar de fatigar umbrales y baldosas.

GÓMEZ

Pensaré en eso la próxima vez.

FERNÁNDEZ

Le agradezco la cortesía. Puede marcharse.

GÓMEZ

Gracias. Permítame explicarle primero el motivo que me trajo aquí.

FERNÁNDEZ

Bueno, no se fatigue usted mismo con tanta habladuría.

GÓMEZ

Le agradezco su interés. Pero debo explicarle.

FERNÁNDEZ

Una auténtica pena.

GÓMEZ

(Ingenioso). Tal vez pueda yo percibir el presente si tomo asiento.

Pausa. FERNÁNDEZ, sin convicción, le señala la silla.

GÓMEZ da dos pasos cautelosos y se sienta.

FERNÁNDEZ

Usted dirá.

GÓMEZ

Traigo el contrato.

FERNÁNDEZ

Contrato.

GÓMEZ

Debo llevarlo con su firma.

FERNÁNDEZ

No veo bien a la luz del día.

Silencio. GÓMEZ piensa.

GÓMEZ

Será por las ventanas cerradas.

FERNÁNDEZ

Es una verdadera contrariedad, ¿no le parece, Gómez?

Silencio. GÓMEZ trata de sortear el obstáculo.

GÓMEZ

Es posible. Le decía que tengo aquí los papeles.

FERNÁNDEZ

(Sin interés). Qué interesante.

GÓMEZ

Debo llevarlos con su firma.

FERNÁNDEZ

Me ha convencido de que es usted un sujeto responsable. Deberá convencerme ahora de que no es usted algo ridículo, como atañe a todo sujeto responsable.

GÓMEZ

No puedo convencerlo de eso.

FERNÁNDEZ

Vamos, anímese.

GÓMEZ

No sabría por dónde empezar.

FERNÁNDEZ

Bueno, el principio es siempre lo más difícil. Desconfío de aquellos que comienzan por ahí.

GÓMEZ

Con más razón.

FERNÁNDEZ

Donde hay comienzo, hay fin. ¿No le parece una manera torpe de hacerle un feo a la eternidad?

GÓMEZ

Seguramente

FERNÁNDEZ

Entonces descomience, mi amigo. Haga suya la mística.

GÓMEZ

No sé si estoy a la altura.

FERNÁNDEZ

Bueno, no en vano hemos acordado en que es usted algo ridículo. Pero no se alarme. También lo soy. Tengo en arreglo la dentadura. Cuando la recupere lo invitaré con una comida para celebrar el comienzo de nuestra cofradía.

GÓMEZ, impotente, se apoya el maletín en el regazo.

GÓMEZ

Estuve con su hijo menor.

FERNÁNDEZ

Buen muchacho. Un poco aguafiestas.

GÓMEZ

Como sabe, ha reunido a varios escritores. Queremos publicar algunos de sus escritos.

FERNÁNDEZ

Imposible.

GÓMEZ

¿Por qué?

FERNÁNDEZ

Echaría a perder años de exitosa postergación. Es uno de mis mayores placeres.

GÓMEZ

(*Agudo*). ¿Lo dice por la renta?

FERNÁNDEZ

Veo que usted es un indiscreto.

GÓMEZ

Traigo una solución inmediata para eso.

FERNÁNDEZ

Sospecho que ser chismoso no tiene solución.

GÓMEZ

Me refiero a la renta.

FERNÁNDEZ

¿Y por qué supone que eso necesita solución? Usted quiere arrebatarme el placer de la postergación trayéndome una solución, y para colmo inmediata.

GÓMEZ

No fue mi intención.

FERNÁNDEZ

Márchese.

GÓMEZ

Le ruego me disculpe.

FERNÁNDEZ

Usted no sabe nada de placer, lo que nos conduce al verdadero problema. Nada debe saber de dolor, nada de muerte, nada de la misma nada. Es decir usted desconoce todo lo que concierne a la eternidad. No me haga suplicarle. Por favor váyase.

GÓMEZ

Es que si me voy, la eternidad se perderá de un gran placer.

FERNÁNDEZ

¿Cuál?

GÓMEZ

Ver su obra publicada. Difundirla, vamos.

FERNÁNDEZ

Su noción de placer es un poco de juguetería, ¿no le parece, Gómez?

GÓMEZ

(Con fervor creciente). Su obra necesita propagarse.

FERNÁNDEZ

Lo que se propagan son las epidemias. Acepto que su metáfora es bastante eficiente.

GÓMEZ

(Álgido). Digo que necesita darse a conocer.

FERNÁNDEZ

No se ponga bíblico. Parece una abuelita.

GÓMEZ

(Fuerte). No me enrede.

FERNÁNDEZ

Usted se enreda solo.

GÓMEZ

(Estallando). ¡Carajo! *(Se alza y camina por la habitación, exasperado. Luego de un rato, señala la ventana y habla exhausto)*. Hay un mundo ahí que lo anda buscando. Usted es muy hábil para esconderse de él. Pero ni siquiera sabe por qué se esconde. Su comportamiento es caprichoso, me disculpará. Usted es un cabeza dura. Quiere que lo tome por loco, pero no es ningún loco. No sé qué dolores le impiden superar este ostracismo. Pero nos hemos juntado para ayudarlo. Para extirparlo. Para sacarlo de esta nada.

FERNÁNDEZ

Amigo mío. En un mundo donde los placeres son de juguetería, los dolores no pueden ser de herrería. Nada es la nada. La misma muerte no es la nada, en todo caso nada

es. (*Pausa. GÓMEZ impávido*). Usted no juzga bien ni placer, ni dolor. No tiene cómo. No se meta con mis papeles creyendo que de ese modo podrá. Esos papeles tampoco son nada.

GÓMEZ

No diga eso.

FERNÁNDEZ

Bueno, ya lo he dicho.

GÓMEZ

Nosotros no pensamos así.

FERNÁNDEZ

Publicar un libro es llenar un vacío con otro. No me gusta publicar. (*Se toma un instante*). Mirándolo bien, no creo que me gusten mucho los libros.

GÓMEZ

No me burle. Anda siempre con un libro bajo el brazo.

FERNÁNDEZ

Cortesía, mi amigo. Siempre hay que tener algún obsequio a mano.

GÓMEZ observa dos o tres libros sobre una mesita.

GÓMEZ

¿Y éstos?

FERNÁNDEZ

Bueno, esos tienen una magnífica encuadernación, en pasta española. Despiden un aroma inigualable. No los he leído, ni pienso hacerlo. Los uso sólo para oler, para regalarme un halago olfativo.

GÓMEZ

No me convence.

FERNÁNDEZ

Tiene razón. Cuando dejan de despedir ese olorcito, les arranco las hojas y las pongo debajo del sobretodo. Nada abriga tanto como el papel escrito.

GÓMEZ

Yo creo que se trata de otra cosa.

A FERNÁNDEZ parece divertirle el desafío.

FERNÁNDEZ

¿A ver?

GÓMEZ toma un carpetón de su maletín, y observa unos papeles, parece leerlos, repasar algo de lo ya leído, como si fueran apuntes de una lección que está dispuesto a repetir como un alumno de secundaria.

GÓMEZ

Creo que usted prefiere el ensueño.

Pausa.

FERNÁNDEZ

¿Y? Vamos, continúe.

GÓMEZ vuelve a consultar los papeles.

GÓMEZ

La vigilia debe parecerle lánguida. Y publicar un libro es resignarse a esa languidez. El ensueño, en cambio, viene acompañado de angustias, o de terrores, o de alegrías profundas.

FERNÁNDEZ

Caramba. Muy bello. Falso, sin duda.

GÓMEZ

Seguramente es falso.

FERNÁNDEZ

No sea gallina. Defiéndase. ¿Va a dejarse vencer por un viejo?

GÓMEZ

Claro que no.

FERNÁNDEZ

¿Entonces?

GÓMEZ

(Resuelto). Entonces le diré que nos hemos reunido unos cuantos de sus admiradores, y vamos a publicar algunos de sus papeles.

FERNÁNDEZ

No sé cómo se las van a arreglar.

GÓMEZ

Estamos bastante decididos.

FERNÁNDEZ

(Señalando el carpetón de Gómez). No sé qué tendrá ahí. Pero yo no guardo borradores, los uso para ir al baño, y nunca leo en el baño. O los dejo abandonados cuando me echan de las pensiones.

GÓMEZ

(Abre el carpetón). Justamente. Hemos recorrido las pensiones. *(Revuelve hojas en el carpetón)*. Recuperamos bastante. Tenemos para tomo y medio, si no dos.

Pausa.

FERNÁNDEZ

¿Es eso que tiene ahí?

GÓMEZ cierra el carpetón, receloso.

Pausa.

GÓMEZ

(Lento). Puede ser.

Pausa.

FERNÁNDEZ

¿A ver?

GÓMEZ extrae del carpetón una página que estuvo arrugada y han estirado.

FERNÁNDEZ se la arrebatata. Lee.

FERNÁNDEZ

Hojarasca.

FERNÁNDEZ tira la hoja al piso. Alza la mano, GÓMEZ, con cuidado le da otra y levanta la que está en el piso. Lee.

FERNÁNDEZ

Hojarasca.

FERNÁNDEZ tira la otra hoja al piso. GÓMEZ la levanta.

FERNÁNDEZ le arrebatata el carpetón. Lo abre. Lee y tira, progresivamente y de a una, varias las hojas. Arroja al aire varias hojas, que caen lentamente.

FERNÁNDEZ

Tiene aquí un bosque otoñal, mi amigo.

Finalmente deja caer el carpetón. GÓMEZ, nervioso, se arrodilla, toma el carpetón y comienza a guardar en él cada una de las hojas. FERNÁNDEZ lo mira.

GÓMEZ

Es su modo de verlo.

FERNÁNDEZ

Estas páginas no tienen olor, ni sabor. Dudo incluso que sirvan de abrigo.

GÓMEZ

(Aún en el piso, recogiendo las hojas). No guardamos la misma opinión.

FERNÁNDEZ

La verdadera literatura se esconde. No hay lugar en ella para ediciones que nunca se agoten, ni para prólogos laudatorios de algún pusilánime.

GÓMEZ

No soy ningún pusilánime.

FERNÁNDEZ

¿Pensaba escribirlo usted?

GÓMEZ

Digamos que sí.

FERNÁNDEZ

Estaría de acuerdo con eso, si no fuera porque luego estaríamos los dos equivocados.

GÓMEZ

No tiene importancia quién escriba el prólogo.

FERNÁNDEZ

Está en un error. Puedo explicárselo, pero no puedo entenderlo por usted, Gómez.

GÓMEZ

La decisión está tomada. O lo publicamos con su nombre, o inventaremos un sosías.

FERNÁNDEZ

Me parece más memorable que se queden en el molde.

GÓMEZ

Nos hemos encontrado estos papeles. Son nuestros ahora. Si no quiere firmarlos allá usted. Se publicarán como obras secretas, de un escritor contemporáneo anónimo, maestro de muchos otros que sí tienen nombre.

FERNÁNDEZ

No sea salvaje. Está en juego el futuro del asombro. Quédense en el molde.

GÓMEZ

No soy solo yo. No podré convencer a nadie de renunciar a la idea.

FERNÁNDEZ

Claro que puede.

GÓMEZ

¿Cómo?

FERNÁNDEZ

Voluntad de presagio, por supuesto.

GÓMEZ

(Extraviado). ¿Cómo dice?

FERNÁNDEZ

Le voy a mostrar un ejemplo sencillo. Cuando entró usted creyó ver el patio. No niego que lo haya visto. Pero no sé qué tan su patio o mi patio es ese patio. ¿Por qué el patio ha de pertenecer a este atardecer y no a otro, donde mi padre trata de pintar un cuadro y no lo logra?

GÓMEZ

¿Su padre pintaba?

FERNÁNDEZ

No.

GÓMEZ

Es una buena razón para que este patio sea nuestro y no de su padre.

FERNÁNDEZ le lleva una mano al hombro, afectuoso.

FERNÁNDEZ

O de ninguno de los dos.

GÓMEZ

Usted me está cachando.

FERNÁNDEZ

En todo caso le respondo a una pregunta que no hizo. ¿No cree que contestar a una pregunta formulada es un tanto dogmático? Yo prefiero responder a las preguntas ausentes, y en todo caso, formular preguntas tan suficientes, que la ausente sea la respuesta.

GÓMEZ

Pero entonces ¿cómo puede uno comunicarse si las preguntas no tienen respuesta, o se responde a preguntas que no se hacen?

FERNÁNDEZ

Voluntad de presagio, le digo. Usted es el cabeza dura.

GÓMEZ perplejo.

GÓMEZ

Usted me está metiendo un cuento.

Un instante. FERNÁNDEZ lo acuchilla con la mirada.

FERNÁNDEZ

Cierre los ojos.

GÓMEZ

¿Para qué?

FERNÁNDEZ

Hágame caso.

Pausa. GÓMEZ cierra los ojos.

FERNÁNDEZ

Hay un jardín. Está lleno de flores silvestres y tiene una parra. Al fondo hay un aljibe. Está abandonado. Sobre él hay un arco. El arco dice claramente en letras de hierro: "La eterna". *(Pausa)*. ¿Lo ve?

GÓMEZ

(Como si no fuera gran cosa). Sí.

FERNÁNDEZ

Muy bien. Le pregunto, ¿cómo puede ver algo si tiene los ojos cerrados?

GÓMEZ abre los ojos.

GÓMEZ

Digamos que me he formado una imagen mental.

FERNÁNDEZ

Lo dicho. Presagio, mi amigo. Yo tengo una imagen, se la expongo, y usted, sin hacer uso de la vista, crea otra, la suya, que es la mía, o es mayor que la mía.

GÓMEZ

Pero acaba de contármela.

FERNÁNDEZ se dirige al ropero, ágil. Trae una pluma y un trozo de papel. Escribe en él, veloz y desprolijo. Luego hace un bollo y se lo guarda en la mano.

FERNÁNDEZ

Dígame. El patio que vio, ¿lo vio de día o de noche?

GÓMEZ

Creo que era la tardecita.

El viejo sonríe. Le tira el bollo de papel, simpático.

GÓMEZ lo ataja, lo abre y lee en él la palabra “tarde”.

FERNÁNDEZ

¿Lo ve? Presagio, por supuesto. Llevo años escuchando que no se sabe si existe la comunicación telepática. Y resulta que siempre la hemos tenido delante de las narices. Todo depende de un buen presagio. Y los libros ofrecen su destilación más pura. Pero no solo eso, además lo llevan a usted de viaje sin que deje de tomar unos buenos mates en el quincho. Usted toma unos amargos, pero con un libro en la mano asiste al suicidio de dos adolescentes en Verona, hace unos cuantos siglos.

GÓMEZ

Creí entender que no le gustaban los libros.

FERNÁNDEZ

Que garanticen presagios no significa que me gusten.

GÓMEZ

Usted me toma para el churrete.

FERNÁNDEZ

¿Le parece?

GÓMEZ

El asunto acá no son los presagios.

FERNÁNDEZ

Es el único asunto. El problema es que hay personas que se los inventan. Esas personas nos están arruinando, camarada.

GÓMEZ

Su juego de palabras no lo ha salvado de tratar el asunto que me trajo aquí.

FERNÁNDEZ

Usted quiere un garabato mío. ¿Supone que con eso cobraré entidad, que existo, que seré, en suma? ¿Puede esa firma probar que no soy más que una sombra, una silueta entre las páginas firmadas?

GÓMEZ

La firma que le estoy pidiendo no es un asunto metafísico. Es una cosa tangible.

FERNÁNDEZ

Las cosas son tangibles hasta que uno se oculta de ellas.

GÓMEZ

Le reconozco que tiene un don para librarse de lo que no le interesa.

FERNÁNDEZ

Siempre estoy bien preparado para improvisar.

Breve silencio.

GÓMEZ

Si me toca esperar, así será. No pienso irme sin su firma.

FERNÁNDEZ

No sea pretencioso. No hay en Buenos Aires una esquina tan larga que permita esperar lo suficiente.

GÓMEZ

No me va a enredar, señor mío.

FERNÁNDEZ

Dígame una cosa. Si tanto le interesa publicar. ¿Por qué no publica algo suyo? Invente un vacío propio para caer en él. No usurpe el mío.

GÓMEZ

Tengo mi propio trabajo. No se trata de eso.

FERNÁNDEZ

Pero hombre. Vamos. Publíquelo.

GÓMEZ

Ya está publicado.

Silencio. FERNÁNDEZ, atónito.

FERNÁNDEZ

Caramba. Usted me deja frío.

GÓMEZ

Ya lo ve. Nuestro grupo está interesado en su trabajo, no en el nuestro.

FERNÁNDEZ

No me esquivé. Hábleme un poco de sus libros.

GÓMEZ

Es uno solo.

FERNÁNDEZ

¿Género?

GÓMEZ

Poesía.

FERNÁNDEZ

¿Tema?

GÓMEZ

Amor, en general.

FERNÁNDEZ

Amor.

GÓMEZ

En general.

FERNÁNDEZ

Ya veo. *(Gran pausa. Se rasca el mentón y se enreda un dedo con el extremo de la barba).* Me interesa escuchar algo que pueda llamar suyo. Muéstreme su vacío, a ver.

GÓMEZ

Ese no es el propósito de mi visita.

FERNÁNDEZ

Vamos, hombre. Los dos sabemos que mi garabato no tiene importancia. En cambio un poema suyo puede cambiarnos la tarde. Sabe Dios adónde podemos ir a parar.

GÓMEZ

Dudo que vayamos a ningún lado. Soy un poeta en formación.

FERNÁNDEZ

Pero tiene un libro publicado. Caramba, no se subestime.

GÓMEZ

Mi poesía es muy sencilla.

FERNÁNDEZ

Eso es bastante preferible en la mayor parte de los casos.

GÓMEZ

No me parece apropiado.

FERNÁNDEZ

Si así fuera no habría publicado. Le ruego que me regale algunos versos.

Finalmente GÓMEZ se sonríe, sonrojado.

GÓMEZ

Me da algo de pudor.

FERNÁNDEZ

Es usted un caso clínico, amigo mío. Si le da pudor que su poesía sea escuchada, ¿cómo se explica que la haya publicado? ¿Está bien encuadernada al menos? ¿Sirve para ir al baño?

GÓMEZ

Me refiero a que me da pudor que una persona de su estatura escuche mis versos, y de mi propia boca.

Pausa.

FERNÁNDEZ

Usted me preocupa.

GÓMEZ

(Contrariado). Ahá. Confieso que no es al único.

FERNÁNDEZ

Yo no he dado a la imprenta ninguna página válida, porque carezco minuciosamente de alguna. No tengo ningún párrafo que me salve del olvido. Por eso me niego a publicar. Usted, en cambio, ha creado mundos, y los ha puesto al alcance del lector. Ha materializado el presagio del que tanto me porfía. Y ahora, ante el pedido sumiso de un lector mediocre, se niega a halagarlo con sus versos. No parece usted guardarme la estima que tanto pregona.

GÓMEZ

No me malentienda.

FERNÁNDEZ

No. Si entiendo bastante bien. Usted es como esos jinetes prepotentes que se creen domadores de potros. No se equivoque. El gaucho siempre ha sido un entretenimiento de los caballos.

GÓMEZ

Le ruego me disculpe.

FERNÁNDEZ

No soy quién para perdonar. El creador acá es usted. Bien sabrá si es correcto dejarme en este pobre estado, sin una leve palabra oficiosa para llevarme al oído.

Pausa.

GÓMEZ

Muy bien. Puedo recitarle algo

FERNÁNDEZ

¿Está seguro?

GÓMEZ

Me ha convencido, sí.

FERNÁNDEZ

¿Completamente seguro?

GÓMEZ

Le digo que sí.

FERNÁNDEZ

No se fuerce.

GÓMEZ

Ya estoy convencido, no me cruce a la orilla opuesta.

FERNÁNDEZ

Ni que fuera una góndola, mi amigo. *(Pausa. Se sienta dispuesto a escuchar).*
¿Y bien?

GÓMEZ

Voy a recitarle un pequeño poema que escribí para una joven.

FERNÁNDEZ

Eso está muy bien.

GÓMEZ

Espero que sea de su agrado. *(GÓMEZ se coloca de pie en clara posición de recitador. La joven cantaba admirablemente).*

FERNÁNDEZ

No explique, comience. *(Echado, escucha con gesto recóndito. GÓMEZ se toma la cabeza, en un ademán de concentración, pero tarda en comenzar).* Envejezco.

GÓMEZ

Ya va, ya va. *(Aunque temeroso, Gómez recitará con dedicación y devoto énfasis. Convencido).*

Tiene mi bella María
de oro y plata
y de fina pedrería
forjada su garganta.
Y cuando canta
despierta un bosque de pajarerías,
donde trinos y arpegios y armonías
de golpe se levantan
en campanarios, en cristalerías.
Su maravilla es tanta
y tanta su realeza
que cuando canta
ríe toda la alegría,
y cuando calla
llora toda la tristeza.

GÓMEZ sonríe, inquieto y esperanzado. Silencio profundo.

FERNÁNDEZ lo mira fijo, ensimismado. De pronto parece asentir con un vago movimiento vertical de la cabeza. Luego de un momento habla con mucha lentitud.

FERNÁNDEZ

Qué cagada, Gómez.

GÓMEZ pierde su poca sonrisa. FERNÁNDEZ sigue pensando. Tarda en volver a hablar.

FERNÁNDEZ

Dígame una cosa. Esa muchacha María, ¿sigue en su vida?

GÓMEZ

No.

FERNÁNDEZ

¿Y acaso ha tenido acceso a este texto?

GÓMEZ

Sí, claro. Estaba encantada. Me dejó poco después.

FERNÁNDEZ

Comprendo.

Pausa.

GÓMEZ

Dígame sin tapujos qué debo corregir.

FERNÁNDEZ

Bueno. No soy quién para decirle nada.

GÓMEZ

Insisto.

FERNÁNDEZ

A veces es muy difícil reunir la sinceridad con la cortesía.

GÓMEZ

Dispare.

FERNÁNDEZ

Bueno, eso sería demasiado.

GÓMEZ

Vamos, diga lo que piensa.

FERNÁNDEZ

En todo caso puedo formularle una pregunta.

GÓMEZ

Adelante.

FERNÁNDEZ

¿Cuánto valen los agujeros de una espumadera?

GÓMEZ queda petrificado.

GÓMEZ

No sé si comprendo.

FERNÁNDEZ

Le consulto el valor posible de unos agujeros. Los de una espumadera, para ser estrictos.

GÓMEZ

No lo sé. Supongo que no tienen valor. El valor está en la espumadera.

FERNÁNDEZ

Pero sin los agujeros la espumadera sería un cucharón. No serviría para espumar.

GÓMEZ

Sí. Es verdad.

FERNÁNDEZ

Entonces ¿son los agujeros meros artificios de los engaña pichanga?

GÓMEZ

No.

FERNÁNDEZ

Coincidirá conmigo, por lo tanto, en que en el inciso espumaderas, los agujeros son tan esenciales como el soporte metálico.

GÓMEZ

Sí.

FERNÁNDEZ

Muy bien. Su poesía es un magnífico cucharón. Una vez que pasa no deja nada. Debe encontrar los agujeros. Mientras crea que los agujeros no tienen valor seguirá escribiendo poemas como quien se toma una sopa. Claro que hay sopas prodigiosas, un buen minestrón italiano se aproxima al milagro. Pero por alguna razón, cuando paso mi cuchara siempre prefiero que algo quede en el plato.

GÓMEZ

Entiendo lo que dice.

FERNÁNDEZ

No deja de ser una suerte.

GÓMEZ

He tratado de dar rienda suelta a mis sentimientos.

FERNÁNDEZ

¿Sus sentimientos?

GÓMEZ

Sí.

FERNÁNDEZ

¿Y usted qué tiene que ver acá?

GÓMEZ

Bueno, vengo a ser el que le está expresando sus sentimientos a María.

FERNÁNDEZ

Se equivoca. Usted sólo es el autor.

GÓMEZ

No entiendo.

FERNÁNDEZ

Eso es más razonable.

GÓMEZ

Explíquese.

FERNÁNDEZ

Es muy sutil, muy paciente el trabajo de quitar el yo. *(Pausa. GÓMEZ se ha enojado, pero trata de ocultarlo)*. Dígame una cosa. ¿Usted se pregunta por qué lo dejó la tal María?

GÓMEZ

No. En general no me lo pregunto.

FERNÁNDEZ

Acaso debería, Gómez. ¿La extraña?

GÓMEZ

Puede ser. No he tenido tiempo de pensarlo.

FERNÁNDEZ

Usted me pone un poco violento, Gómez. Y eso es tan difícil de lograr que casi diría que merece algún tipo de reconocimiento. Sus amigos deberían organizarle una comida.

GÓMEZ

(Irónico y pretendidamente gracioso). Cuando ocurra, le mandaremos invitación.

FERNÁNDEZ

No podré asistir por la ya referida falta de dentadura.

GÓMEZ

Muy elocuente.

FERNÁNDEZ

Dejemos un momento el poema. Hábleme de María, si es que la recuerda.

Pausa.

GÓMEZ

Bueno. Es... era una mujer hermosa, con unos ojos relucientes, hermosa voz, como le dije. Tenía mucho magnetismo y una estatura mediana, diría bastante perfecta. Y una figurita de gacela, muy lograda.

FERNÁNDEZ esta ensimismado, casi por taparse los oídos.

FERNÁNDEZ

Sus palabras me dan caída, me dan tumba. Demasiada nada. Lo escucho y me dan ganas renacer antropeide.

GÓMEZ, al borde del desplante.

GÓMEZ

No sé qué he dicho para que se ponga así.

FERNÁNDEZ

“Bastante perfecta” “estatura lograda”. ¿Pero qué le pasa? ¿Dónde está el misterio que la sola existencia de María es... o era para usted? *(Pausa. GÓMEZ está rojo de furia)*. María hizo bien en dejarlo.

GÓMEZ

¿Por qué me dice eso?

FERNÁNDEZ

Porque ya no tiene tiempo de pensar en ella. No tiene tiempo para el dolor. María para usted no postula ninguna tentativa de eternidad. Y eso, señor mío, es lo más parecido a la muerte que conozco. *(Pausa. Parece extraviarse de lo que venía diciendo)*. Yo he tratado muchas veces de escribir porque sé que ella tiene su propia eternidad personal, y quise que también fuera mi eternidad.

Un instante de silencio. GÓMEZ vence su enojo. Se cree ante una confesión por primera vez.

GÓMEZ

¿Quién es “ella”?

FERNÁNDEZ

La puedo llamar de mil maneras. Porque en oposición a su caso, sólo tengo tiempo para pensar en ella.

GÓMEZ

¿Elena?

FERNÁNDEZ

Admiro la ligereza que descansa en poner nombre a los misterios.

GÓMEZ

¿De cuándo me habla? Elena ha muerto hace mucho.

FERNÁNDEZ

Eso es un modo impropio de expresarse.

GÓMEZ

¿No es Elena?

FERNÁNDEZ

Afortunadamente ella está más allá de las posibilidades de esta conversación.

GÓMEZ

Entonces es Elena.

FERNÁNDEZ

Usted desprecia el asombro. Lo incomoda sin provocarle la menor fascinación. Por eso todo debe tener un nombre.

GÓMEZ

(Con cuidado). Sólo quiero saber de quién me está hablando.

Pausa.

FERNÁNDEZ

Llamémosla “La Eterna”.

GÓMEZ

(Creyendo que ata algún cabo). Como el arco del aljibe.

FERNÁNDEZ

Como un horizonte nocturno, invisible, agudo, silencioso. Como una esencia única, donde uno tiene el deber de perderse sin salvación posible. Un nudo de trenza inútil de soltar, porque lo tiene a uno atado del instinto. Así es la Eterna.

Es ocioso mencionar sus trenzas anudadoras, su hermosura de formas, sus ojos, sus cabellos negros. Porque todo eso es, pero no es nada. Porque quien pasa por delante de ella pierde el don del olvido. Si yo pudiera olvidarla sería un lisiado. Como no puedo olvidarla la amo sin resignación.

A quien ella dé su amor, le da lo que nadie pudo dar antes, un pasado. Muchos dan porvenir, incluso ella. Pero solo ella da pasado. ¿Qué importan los ojos y la hermosura, la voz musical y las trenzas oscuras, cuando su sola mirada es la repentina posesión de una nueva vida, un nuevo nacimiento, una nueva y minuciosa biografía, una segura inmortalidad. Frente a todo eso, ¿qué puede importar un nombre?

Silencio.

GÓMEZ

¿Y logró escribirle?

FERNÁNDEZ

No hago otra cosa.

GÓMEZ

¿Y dónde está ese material, por Dios?

FERNÁNDEZ

Se me ha acabado la leña.

GÓMEZ

No me diga que quemó todo porque no voy a creerle.

FERNÁNDEZ

El invierno es crudo, y la estufa tirana.

GÓMEZ

No me evada.

FERNÁNDEZ

Tiro todo lo que escribo. ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

GÓMEZ se aproxima al ropero y lo abre apenas.

GÓMEZ

¿Qué tenemos aquí?

FERNÁNDEZ

Papeles desdichados que no pudieron aprovechar mis olvidos felices en otras piezas de pensión.

GÓMEZ saca varios papeles. Los observa, alucinado.

FERNÁNDEZ

Papeles de luz futura. Reposan ahí, sin brillo, hasta que alcancen el esplendor de la estufa.

GÓMEZ

Pero, mi amigo. Esto es un tesoro.

FERNÁNDEZ se le acerca. Le quita los papeles. Los sopla. Una nube de tierra se expande en el aire. Ambos tosen.

FERNÁNDEZ

Perdonará todo este polvo, lleno de viejos y marginados estornudos.

FERNÁNDEZ mira apenas los papeles y los vuelve a colocar en el ropero. Déjelos aquí. Así no perturban las pocas energías que me quedan. Además no quiero morir de frío.

GÓMEZ

No sea obtuso. Hay que darlos a la imprenta.

FERNÁNDEZ

No se puede pensar a la vez en la pulsación de lo humano y en la imprenta.

GÓMEZ

Haga lo primero y déjenos lo segundo. No puede ir por ahí negando pulsaciones de lo humano a la posteridad.

FERNÁNDEZ

Gómez, cada inconveniencia suya me gasta, me arruga, por más eterno que me vaya a creer.

Se oyen ruidos al otro lado de la puerta. FERNÁNDEZ se sobresalta, alza una mano. Silencio.

GÓMEZ

¿Qué sucede?

FERNÁNDEZ

Déjeme oír. *(Se acerca a la puerta. Apoya su oreja. Mira de reojo a GÓMEZ y señala algo que supuestamente está del otro lado de la puerta).* Es ella.

GÓMEZ

¿Ella?

FERNÁNDEZ

Merodea, tarde tras tarde, antes del ocaso.

GÓMEZ

Entonces no es Elena.

FERNÁNDEZ

¡Cállese!

Pausa.

GÓMEZ

¿Y no llama a la puerta?

FERNÁNDEZ

Continuamente.

GÓMEZ

¿Y entonces?

FERNÁNDEZ

No puedo hablarle. No sé cómo. Se me aja la boca.

GÓMEZ

(Incisivo). Claro. Y además si no le habla tiene tiempo de pensársela, de inventársela.

FERNÁNDEZ

¿Cómo dice?

GÓMEZ se concentra, dispuesto a dar batalla.

GÓMEZ

Usted dice que no la ha olvidado, que no puede vivir sin ella. Que le ha dado un pasado, que es eterna. Noche definitiva, y todo eso.

FERNÁNDEZ

Me apena escuchárselo en ese tono.

GÓMEZ

Ahora comprendo por qué me habla de vacío.

FERNÁNDEZ

¿Qué insinúa?

GÓMEZ

Que todo eso es inútil si no se tiene el valor de fundir una eternidad con la otra. La suya debe ser una eternidad de pacotilla, por eso no se atreve a medirse con la Eterna.

FERNÁNDEZ

Veo que le atrae explorar los límites de mi paciencia, joven.

GÓMEZ

No tan joven. Y ahora dígame una cosa. ¿Por qué no le habla?

FERNÁNDEZ

Aún no he encontrado cómo mejorar el silencio. Debería imitarme, aunque sea en esto.

GÓMEZ

No. No es por eso. Me toma por imbécil. Quizá me lo haya ganado.

FERNÁNDEZ

No se trate así.

GÓMEZ

La verdad es otra. Usted no le habla porque rompería el hilo de la imaginación. No se trata de misterio. Lo que necesita es pasividad para imaginarla, porque la acción lo aterroriza. Necesita pensarla, regodearse en el dolor de su lejanía. Así cualquiera puede postular la eternidad. Usted quiere alejar la muerte, y eso, está muy claro, no se consigue despejando dudas.

FERNÁNDEZ

¿A dónde quiere llegar?

GÓMEZ

Si usted habla con ella, posiblemente deje de ser eterna.

FERNÁNDEZ

Eso es una gansada.

GÓMEZ

Si verdaderamente confiara en que ella tiene su eternidad personal, no estaríamos hablando. Usted no me habría ni recibido. No, mi amigo. Estaría ocupado amándola, lo que, si no lo entiendo mal, es su única posibilidad de ser también eterno.

FERNÁNDEZ

¿Qué le pasa, Gómez? ¿Se despertó de la siesta?

GÓMEZ

Eso no lo sé. Puedo asegurarle que usted se la pasa durmiéndola. Me impresiona todo lo que dice del misterio. No vaya a creer. Me gustaría ser también devoto del asombro. Pero si eso me llevara a perderme las primeras lágrimas corriendo por la mejilla amada, la risa tierna, la mirada profunda, entonces, Fernández, prefiero seguir con mis gansadas.

Pausa. FERNÁNDEZ ha quedado detenido en su sorpresa. No pude dejar de mirar a GÓMEZ, absorto. Por su parte GÓMEZ, serio y resuelto, abre el ropero, saca los manuscritos y los exhibe.

GÓMEZ

¿Qué hacemos con esto? ¿Lo mandamos a la siesta también?

Leve silencio.

FERNÁNDEZ

Me parece más acertado destinarlo a la estufa.

GÓMEZ

Muy bien.

GÓMEZ vuelve a guardar violentamente los manuscritos en el ropero.

Luego saca su carpetón, despliega un papel, toma una pluma y le ofrece ambas cosas a FERNÁNDEZ.

FERNÁNDEZ, lenta y ceremoniosamente, habla mientras cierra la pluma y dobla los papeles sin firmar.

FERNÁNDEZ

Nada hay más desalentador que leer literalmente un símbolo. El humor, por ejemplo, no sabe nada de literalidad. Tampoco el amor, estimado Gómez. *(Largo silencio. Le extiende a Gómez papeles y pluma).* Lo siento.

GÓMEZ lo observa un instante. Luego toma los papeles y la pluma y los guarda.

GÓMEZ

Entiendo que prefiera esconderse. Pero no me venga con sermones de eternidad. Si hay una eternidad, los dos sabemos dónde puede estar. Y no se llega con recelo, ni con ingenio. El ejercicio del amor es cosa de valientes. Porque consiente la posibilidad de la decepción. *(Termina de preparar sus cosas. Se coloca un sombrero y se dirige a la puerta).* Antes de salir, gira lentamente sobre sí y mira al techo, como buscando inspiración. Luego habla a la nada, como si se dirigiera a una mujer imaginaria.

¿Porqué no prueba con “El cielo está desconsolado de lluvia. Pero usted ilumina esta serena oscuridad”? ¿Será muy cursi? O mejor “Solo quien no espera es verdaderamente libre”, Y hasta: “¡Cuanta gracia, señora!” Algo así.

GÓMEZ le echa una última mirada. Sale.

FERNÁNDEZ queda inesperadamente vapuleado. Se sacude las manos y el cuerpo, queriendo sacarse esa sensación. Luego va por su guitarra, se sienta, apenas toca unos acordes. Esboza una melodía que no va a ningún lado. Deja el instrumento reposando sobre sus piernas y cierra los ojos.

FERNÁNDEZ toma unos papeles y escribe. Luego los rompe. Se arrepiente, los levanta y relee. Corrige. Se aleja del espacio escénico. Toma la guitarra. Le saca algunos sonidos.

FERNÁNDEZ

No creo en su muerte. Pero un latido me visita de noche y se me clava, me hiere de impaciencia. Y duele, y desterrarlo ya no quiero. Que el dolor de ese latido es el dolor que quiero. Es Ella, y soy tan solo ese dolor, soy Ella.

Soy Su ausencia, soy lo que quedó de Ella.

Lo que me queda lo entrego al Misterio, hasta mis pasos de perdido, mi hondo sueño, temeroso de sí mismo, violento. Puede el amor hacerme despertar la palabra soñada, o soñar la palabra despierta, incluso en la vigilia, donde el Mundo hace lo que no queremos. No creo en su muerte. Y su muerte nunca quiso ser creída. Es, y lo sabe, demasiado silencio.

DOS

Llaman a la puerta.

FERNÁNDEZ se apresura a regresar al espacio escénico. Al principio ignora el llamado. Pero ante la primera insistencia reacciona como si hubiera recordado algo importante. Deja la guitarra y se aproxima a la puerta. La abre apenas y, al percibir quién está del otro lado, aparta la vista.

NICOLASA

(En off). Me va a disculpar que lo moleste.

FERNÁNDEZ

(Perturbado). No es molestia.

NICOLASA

(En off). Sé que está siempre muy ocupado con... con sus papeles. Quisiera hablarle un momentito.

FERNÁNDEZ piensa un instante, deja la puerta abierta y se adentra en la pieza. Luego de un momento entra NICOLASA. Es una mujer de mediana edad pero muy maltratada por la vida, tal vez algo gruesa y de un aspecto sumamente humilde. En un principio tendrá mucho temor de hablar, y FERNÁNDEZ de escuchar. Durante la charla, FERNÁNDEZ estará de espaldas a ella, sin mirarla.

FERNÁNDEZ

Pase, por favor.

NICOLASA

Gracias.

FERNÁNDEZ

Tome asiento.

NICOLASA

Gracias. *(Se sienta en la punta de la silla).* No quiero molestarlo.

FERNÁNDEZ trata de hablar, le cuesta bastante.

FERNÁNDEZ

Nada de eso. Usted... usted ilumina esta serena oscuridad.

FERNÁNDEZ aprieta los ojos, como si sintiera que ha dicho una barbaridad.

NICOLASA

¿Cómo dice, Don Fernández?

FERNÁNDEZ

Nada. Nada.

NICOLASA estira su cabeza hacia un costado, buscando verlo a la cara. No lo logra. FERNÁNDEZ permanece de espaldas.

NICOLASA

Nunca nos han presentado. Esas casualidades de la vida, ¿vio? Soy...

FERNÁNDEZ

(Rápido, con un dedo en los labios). Shhhh.

NICOLASA

(Apocada). Perdone.

FERNÁNDEZ

No lo haga.

Silencio. NICOLASA agrega a su temor la confusión.

NICOLASA

Verá, me disculpará que venga a verlo, usted siempre tan ocupado, no quiero ser molestia. Pero... todos tenemos obligaciones, ¿vio? Y bueno... yo estoy esperándolo.

FERNÁNDEZ

Solo quien no espera es verdaderamente libre. *(En un gesto íntimo rechaza lo que acaba de decir).*

NICOLASA

(Soltándose de pronto). No me tome el pelo, Don. Llevo esperando la renta desde abril.

FERNÁNDEZ

Invierno eterno. *(Con dificultad). El cielo está desconsolado de lluvia. (Aprieta los dientes).*

NICOLASA

(Observa a su alrededor). Discúlpeme que me meta, Don. Pero ¿cuánto hace que no pasa el lampazo?

FERNÁNDEZ

Espero que escampe. Ya lo ve, no soy libre. También espero.

FERNÁNDEZ finalmente gira. Se miran un instante. NICOLASA sonríe con simplicidad.

FERNÁNDEZ, turbadísimo.

NICOLASA

Si lo necesita le vengo una vez cada tanto.

FERNÁNDEZ

Véngame. Si tanto desea que mi deuda con usted crezca día a día.

NICOLASA

(Sencilla). No es para tanto. Me conformo con la renta. Es mi sustento, ¿sabe?

FERNÁNDEZ

Con cuanta gracia lo dice.

NICOLASA

(Sin percibir el piropo). A mi difunto Adolfo nadie le debía un peso.

FERNÁNDEZ

Caramba.

NICOLASA

Pero yo soy incapaz de meterme con la gente como usted.

FERNÁNDEZ

¿Como yo?

NICOLASA

Yo me di cuenta de que usted no tiene más porque no quiere. Ya veo, no vaya a creer, el tipo de personas que le vienen de visita.

FERNÁNDEZ

¿Ah sí?

NICOLASA

Que escritores, que periodistas, que políticos.

FERNÁNDEZ

Es usted... curiosa.

NICOLASA

No tiene nada de malo. ¿O sí?

FERNÁNDEZ

No sabemos.

NICOLASA

Una está trabajando en el edificio todo el día y no puede evitar ver quién entra y quién sale.

FERNÁNDEZ

Cierto. Inevitable.

NICOLASA

Disculpará que me meta, Don. Yo no entiendo por qué no aprovecha sus amistades. El Adolfo me decía que siempre hay que relacionarse bien y sacar el mejor partido.

FERNÁNDEZ

Dejemos a Adolfo. Hábleme de usted.

NICOLASA

¿De mí? ¿Y qué quiere que le diga?

Por un instante FERNÁNDEZ no sabe qué decir. De pronto.

FERNÁNDEZ

Cuénteme sus sueños.

NICOLASA está algo anonadada.

NICOLASA

¿Mis sueños?

FERNÁNDEZ

Sí.

NICOLASA

No sé si podré ahora. Estoy bastante atrasada.

FERNÁNDEZ

¿Dejó la leche en el fuego?

NICOLASA

No, Dios me libre.

FERNÁNDEZ

Estamos salvados. (*Se sienta*). Puede contarme sus sueños.

NICOLASA

No sé si le entiendo. ¿Quiere que le cuente lo que soñé a la noche?

FERNÁNDEZ

¿Por qué no?

NICOLASA, extrañada y divertida, piensa un instante.

NICOLASA

Es que, me da un poco de pudor.

FERNÁNDEZ

No le dé.

Larga pausa. FERNÁNDEZ no le quita la mirada.

NICOLASA

Bueno. Pero no se ría. (*Se prepara*). Se le trepa un repentino rubor.

Soñé... soñé que la Luna me miraba.

FERNÁNDEZ

(*Impactado*). ¿De veras?

NICOLASA

(*Besándose los dedos*). Por mi madre.

FERNÁNDEZ

Extraordinario.

NICOLASA

No me burle.

FERNÁNDEZ

Estoy auténticamente fascinado. Cuénteme más.

NICOLASA

Eso solo. Me miraba. La Luna. Tenía ojos pardos. No pestañeaba. Ahora que lo pienso no tenía pestañas. Así que no cerraba los ojos. ¿Cómo va a pestañear, la pobre? Me miraba mientras iba cayendo, y se caía nomás detrás de la legua y de los árboles.

Yo quería hablarle, ¿sabe? Pero a mí mucho no me salen las palabras, como a usted que se ve que habla lindo... y lindo de corrido, porque hay cada uno que para decir una pavada tarda todo el día.

FERNÁNDEZ

¿Y qué quería decirle a la Luna, señora?

NICOLASA

Que la había extrañado. Que las noches que se esconde me siento más triste que de costumbre. Pero ahí estaba. Y cuando está ahí me olvido que hubo días que faltó. Es como si siempre hubiera estado ahí colgada, y nunca me hubiera dejado sola.

Pero me quedé callada. Un poco por vergüenza. Y otro poco, hay que reconocerlo, porque en el sueño, la Luna tenía una mirada rara.

FERNÁNDEZ

¿Rara?

NICOLASA se ladea hacia atrás, para verificar que nadie está en el pasillo.

NICOLASA

(*Secreta*). Creo que estaba enojada.

FERNÁNDEZ

¿Con usted?

NICOLASA

Con todos nosotros.

FERNÁNDEZ

¿Y por qué motivo, mi querida?

NICOLASA

Por la luz eléctrica.

FERNÁNDEZ

(*Asombrado*). No.

NICOLASA

Así como lo oye. Ahora que pusieron bombitas en las calles ya no necesitamos de la Luna como antes. Y ella se da cuenta. Es lo más avisado del cielo. No como las estrellitas que a una no le dan ni la hora. La luna, si usted sabe entenderla, hasta la hora le da.

FERNÁNDEZ

Formidable.

NICOLASA

¿Usted sabe cómo saber la hora? Porque yo con los relojes nada, pero miro el cielo y enseguidita le digo la hora.

FERNÁNDEZ

Pues mi caso es penoso. No leo ni el cielo, ni los relojes.

NICOLASA

Qué barbaridad, Don Fernández.

FERNÁNDEZ

Así como me ve.

NICOLASA

¿Y cómo hace para saber a qué hora prepararse el mate?

FERNÁNDEZ

Es sencillo. La escucho a usted baldeando el pasillo.

NICOLASA

(Leve). Ah.

NICOLASA da paso a un nuevo rubor, se acomoda en la silla y sigue contando.

NICOLASA

La historia es que, en el sueño, quería decirle a la Luna que yo sí sigo atendiéndola, que no soy como los demás.

FERNÁNDEZ

Vamos señora. Eso está a la vista.

NICOLASA

¿Usted cree que ella sabe?

FERNÁNDEZ

Lo sabe todo. No hace falta ser Luna para entender que usted no es como las otras.

NICOLASA

No sé si lo sigo, Don.

FERNÁNDEZ

Hay cosas que la ciencia no puede explicar. Para eso existen personas como usted, que entienden lo que no está a la vista.

NICOLASA

Usted es adulón. Ya me lo veo. Ojo que una se da cuenta de que una cosa es hablar lindo y otra muy distinta es ser zalamero. ¿Le hago un tecito?

FERNÁNDEZ

No, gracias. Le temo al vapor.

NICOLASA

¿En serio me lo dice?

FERNÁNDEZ

El vapor es el fantasma del agua.

NICOLASA

Pero ahí le veo el mate y la pava.

FERNÁNDEZ

Afortunadamente el agua del mate no necesita hervir.

NICOLASA no está convencida.

NICOLASA

¿Nunca se hizo un buen tecito con leche?

FERNÁNDEZ

Menos. La leche es el fantasma de una novia.

NICOLASA

Qué exagerado.

FERNÁNDEZ

¿No le parece que las novias se obstinan en tirarse una sábana encima de ese blanco leche fantasmático?

NICOLASA

No sabría decirle. Yo me casé de blanco.

FERNÁNDEZ

No me lo recuerde.

NICOLASA

Y no soy ningún fantasma. No creo en los fantasmas. Mi madre creía. Y también se casó de blanco.

FERNÁNDEZ

¿Y no heredó la fe en el misterio, señora mía?

NICOLASA sigue narrando sin preocuparse por la pregunta.

FERNÁNDEZ escuchará el relato con la cabeza apoyada en la palma de la mano, arrobado.

NICOLASA

A mí me parece una pavada eso de los fantasmas. Pero mi madre se divertía mucho. Me gustaría creer que los fantasmas existen y que andan por ahí mientras una lava la ropa. Sería más entretenido y me sentiría más acompañada, sobretodo estos años desde que me dejó el Adolfo. Pero no me sale, no hay nada que hacer. Creo que el que se cree eso de los fantasmas es porque le encanta tener miedo y no sabe cómo hacer para inventarse una excusa.

FERNÁNDEZ

Le dije que usted entiende lo que no se ve. Su teoría es magnífica.

NICOLASA no deja crecer el silencio.

NICOLASA

¿Y usted, Don Fernández? ¿Le tiene miedo a los fantasmas?

FERNÁNDEZ

Sólo a los malvados.

NICOLASA

Ah. Entonces no creer es una suerte para una, ¿no le parece?

FERNÁNDEZ

No tiene que creer en ellos para que estén rodeándola. Sucede que usted vive rodeada de fantasmas buenos, aunque no lo sepa.

NICOLASA

¿Usted dice?

FERNÁNDEZ

He llegado a creer que somos la encarnación de fantasmas.

NICOLASA

¿Nosotros?

FERNÁNDEZ

Por ejemplo usted es el fantasma de una mujer por la que ha suspirado un largo cortejo de despechados.

NICOLASA

Usted diría lo que sea para que le perdone la renta, pero no puedo, Don Fernández.

FERNÁNDEZ

Le digo que usted es el fantasma de esa mujer Eterna, aunque dócilmente vestida de mortal. (*NICOLASA ríe*). Y en esa risa hace temblar de emoción a quien la escucha. Usted no se da cuenta. Porque sólo vive, se deja vivir, mientras quienes la escuchan quedan trémulos, sin recibir ofrendas, sin creerlas posibles.

NICOLASA

Qué labia, mi madre.

FERNÁNDEZ

Usted me disculpará. No se importune por mis palabras. Pero me gustaría que, al menos un solo día, lo real sea más venturoso que el ensueño.

NICOLASA

Y usted me disculpará a mí. Pero no le entiendo ni una palabra.

FERNÁNDEZ

Es muy sencillo. Se lo voy a explicar. ¿Usted prefiere la noche o el día?

NICOLASA

A veces me suben muchos calores de día. Además la Luna me tira mucho, ya ve.

FERNÁNDEZ

Lo dicho. Prefiere la noche.

NICOLASA

Y, algo así.

FERNÁNDEZ

Bien. (*Piensa*). ¿Se encontró alguna vez con una luz inexplicable que flotaba en el atardecer antes de que el sol se escapara por el horizonte?

NICOLASA

¿Un reflejo, dice usted?

FERNÁNDEZ

Pero modesto.

NICOLASA

Y sí. La resolana, Don.

FERNÁNDEZ

Y dígame ¿nunca sintió cercana una rara presencia, cuando no había nadie más que usted en el lavadero?

NICOLASA

Pero eso son pavadas. Todos a veces creemos eso. Ya le dije. Nadie quiere estar solo y nos imaginamos cosas.

FERNÁNDEZ

¿Me va a decir que nunca escuchó ruidos que usted no produjo, estando completamente sola?

NICOLASA

Un mueble que cruje.

FERNÁNDEZ

Exacto.

NICOLASA

La humidá, Don Fernández. No sea farolero.

FERNÁNDEZ

¿Una baja brusca de la temperatura?

NICOLASA

Tiempo loco, decía mi padre. ¿Cuánto hace que no para de llover?

FERNÁNDEZ

¿Luces que se encienden o apagan por su cuenta, objetos que se mueven o se caen, o muebles que se abren y cierran sin que nadie los toque?

NICOLASA

Todo eso tiene una explicación bien cristiana. No insista.

FERNÁNDEZ

Como la resurrección.

Pausa.

NICOLASA

¿Cómo dice?

FERNÁNDEZ

La resurrección de la carne.

Pausa. NICOLASA duda.

NICOLASA

Eso es otra cosa.

FERNÁNDEZ

¿Usted cree en la resurrección del hombre de Nazaret?

NICOLASA

(Pequeña). Por supuesto, señor.

FERNÁNDEZ

¿Cree en la vida eterna?

NICOLASA

(Como ultrajada). Es mi fe, señor.

FERNÁNDEZ

(Evidente). ¿Y no cree en fantasmas?

NICOLASA

(Temerosa). No se atreva a comparar a Jesús nuestro Señor, con un fantasma.

FERNÁNDEZ

Es usted quien los compara, acaso sin saberlo, señora.

NICOLASA

(Vagamente angustiada). No me diga eso.

FERNÁNDEZ

Pero vamos ¿Qué mejor fantasma bueno que el de Nazaret? Quién le dice que no sea esa presencia la que usted percibe mientras friega las prendas en la tabla. ¿Se da cuenta? No es tan difícil creer en fantasmas. Yo creo entonces que usted es la encarnación de una mujer eterna, para la que ya no pasa el tiempo, como le pasa a su nazareno.

NICOLASA

¿Qué me está diciendo Don Fernández?

FERNÁNDEZ

¿Quién sino usted puede sentirse Eterna?

NICOLASA

Esto se está poniendo raro.

FERNÁNDEZ

No se deje engañar por las apariencias. Soy un hombre respetuoso que hace tiempo quiere decirle algunas cosas. Déjeme hablar.

Luego de un instante *Nicolasa* asiente con un gesto. Con un repasador se seca las manos sudorosas, y apenas la frente.

FERNÁNDEZ

Usted no me engaña. Antes de que acierte una sola palabra, su frente llena de labores y reposos ya está descifrando mis misterios. Usted me deja desnudo y friolento.

NICOLASA

No sé de qué habla, señor.

FERNÁNDEZ

Sea paciente. Porque en esta declaración hago de su paciencia, mi fe completa. Como usted la suya en el nazareno. Si terminara su paciencia y me dejara sin decir todo lo que debo, no me quedaría nada, ni siquiera para morir. La eternidad habría sido una ilusión. Pero cerca de usted, me atrevo a contar una a una las arenas, porque sé que no hay muerte. *(NICOLASA está petrificada)*. Usted se ha confesado un ser de la noche. Pues bien. Lo es. Una noche inmensa y sin caminos, altura de luz cupular que rodea y contiene el anhelo. Matemático, pero natural.

Es lógico. Tan severa de aspecto se ve usted como la noche. Es por eso que su belleza se entiende con la Luna, que es como entenderse con la eternidad.

En su cuerpo la voz de la noche se hace palabra. La noche, que elige preciosos atavíos, parcos y delicados, invariables, lácteos. Y no el día de deslumbramiento seco, que oprime la pasión y hiere los sentidos.

NICOLASA

(Fuerte). Señor, por el amor de Dios.

FERNÁNDEZ

(Más fuerte). ¿De qué amor me habla? Déjeme terminar. La eternidad no la ha hecho infalible, ya que nada hay tan persistente como el error. Por eso adivino que usted se equivocará y seré vencido penosamente por el plomero que la visita los martes.

Sorprendida, NICOLASA se lleva la mano a la boca.

FERNÁNDEZ

Pero la eternidad me permite esperar. El plomero no le puede augurar respuestas a misterios que sólo yo conozco. Tarde o temprano comprenderá el sitio donde su vuelo ha sido llamado a desplegarse, señora. Sólo entonces sabrá que hay un solo abrazo posible. Cuando abrazarnos sea abrazar la noche, abrazar la belleza triste de latidos como fulgores en la tiniebla pálida. Noche que despista a la muerte, la evita, la congela. Noche de estelación. Viva. Así la veo, señora mía. Y es en esa prodigiosa mujer eterna en la que creo. No en quien usted supone ser, aquella que un día fingirá morir, hastiada de tanta ropa lavada.

FERNÁNDEZ da un paso hacia ella. NICOLASA lo retrocede. El movimiento se repite un par de veces mientras hablan.

FERNÁNDEZ

Hoy no vamos a herirnos con el beso del olvido. Será otra vez. *(Grave, tuteándola de pronto).* Pero conservo la esperanza de que tarde o temprano, mi rayo en tu sombra sea tan certero que no puedas soltarme.

NICOLASA pierde el equilibrio. Se toma de algún lado y sin quererlo tira algo al piso. FERNÁNDEZ se asusta, y pega un respingo. Para disimularlo abandona su suave acoso y cambia de tema.

FERNÁNDEZ

Mientras tanto, la fatalidad debe someterme. Que ese beso no dado quede quemando en la imaginación.

NICOLASA respira con agitación, perturbada. Se toma del pecho.

NICOLASA

A usted un buen día le van a dar una pateadura. Hueca le van a dejar la boca del soplamoco que le van a dar.

FERNÁNDEZ

A veces se pierde la vida en un incidente, siendo la vida tan útil y los incidentes tan inútiles. Qué se le va a hacer.

Sin parsimonia, FERNÁNDEZ comienza a juntar sus cosas.

NICOLASA

(Fingiendo que no le importa). ¿Qué hace?

FERNÁNDEZ

Lo que uno hace cuando no puede pagar desde abril.

NICOLASA

¿Y adónde va a ir?

FERNÁNDEZ

No muy lejos. Debo estar a mano para cuando usted recapacite, descubra quién es, pierda el miedo y se ofrezca a la admirable imposición del Misterio.

NICOLASA

Déjese de hablar pavadas. No se le entiende nada. Deje sus cosas donde están. Junte lo de abril, por lo menos. Dígales a esos amigos que vienen a verlo, o a su hijo. Yo lo espero otra semana.

FERNÁNDEZ

No olvide que para ser libre no debe esperar.

NICOLASA

Terminelá. Le estoy diciendo que no se vaya. ¿Tiene dónde ir? No tiene. Yo lo sé antes de que me lo diga.

FERNÁNDEZ

Lo dicho. Usted puede responder preguntas nunca formuladas, porque entiende con nitidez lo que no está a la vista.

NICOLASA

Pare de parlotear. No me haga renegar. Deje estas cosas donde están y hágame caso.

NICOLASA se aferra de las cosas que FERNÁNDEZ tiene en la mano, pero éste no las suelta. El tironeo se sostiene durante el siguiente diálogo, con un suave vaivén que sugiere más amor que forcejeo.

FERNÁNDEZ

Pero aunque entienda todo, todavía debe descubrir su propia y personal eternidad. Mientras no vea eso, no puedo permanecer aquí.

NICOLASA

(Leve). No diga esas cosas que no le entiendo bien.

FERNÁNDEZ

Claro que entiende, pero de manera subliminal.

NICOLASA

Cállese, no me harte.

FERNÁNDEZ

Confío en que pronto entenderá lo que le digo.

NICOLASA

No sea porfiado.

FERNÁNDEZ

Se le aparecerá en sueños, como la Luna. Pero nadie parecerá disgustado ni afligido.

NICOLASA

Casi nunca me acuerdo de lo que sueño.

FERNÁNDEZ

Porque hay sueños que se ponen tan rebeldes que nunca los recobramos. Pero hay otros sueños que esperan nuestra decisión de soñarlos.

NICOLASA

Una pavada tras otra, Don Fernández.

FERNÁNDEZ

Es que, como estudio las importantes pequeñeces y no las pequeñas importancias, tiendo a confundirla. Pero eso va a cambiar.

NICOLASA

(Tomando más fuertemente las cosas, y acercándolas, con lo que acerca a FERNÁNDEZ).

Suelta, Don

FERNÁNDEZ

No es posible. Estoy sujeto a mi destino.

NICOLASA se apoya en FERNÁNDEZ, con las cosas en el medio, como en un abrazo sin brazos. FERNÁNDEZ no se atreve a tocarla.

FERNÁNDEZ

Déjeme.

NICOLASA

(Lo mira de pronto). No. No voy a dejarlo.

FERNÁNDEZ

Se lo ruego.

NICOLASA

¿No dijo que soy para siempre?

FERNÁNDEZ

Dije que es Eterna.

NICOLASA

Y es lo que le estoy diciendo. Qué manía de buscarle la quinta pata al gato.

FERNÁNDEZ

Es cierto.

NICOLASA

Y si soy para siempre en qué cabeza entra que le deje que se vaya. No sea ridículo.

FERNÁNDEZ

Son las ridiculeces las que nos muestran que todo es posible.

NICOLASA

Basta de porfiar.

Con un movimiento brusco le quita las cosas a FERNÁNDEZ. Algo contrariada por su pequeña violencia, acomoda cada cosa en su lugar.

NICOLASA

Hable con sus amigos importantes. Consígase un poco de plata. Acá tiene un lugar seguro.

NICOLASA continúa ordenando, activa y algo impostada. Levanta unas sábanas del catre. FERNÁNDEZ permanece quieto en el lugar donde se produjo su cercanía, casi evocándola.

NICOLASA

¿Me entiende?

FERNÁNDEZ

Sí.

NICOLASA parece haber terminado. Observa el lugar con un brazo en la cintura y con el otro sosteniendo las sábanas arrugadas. De pronto se encuentra con la mirada sólida de FERNÁNDEZ, que la desarma un poco.

NICOLASA

¿Me va a hacer caso? ¿Va a hablar con sus amigos?

FERNÁNDEZ

Sí.

NICOLASA

Yo lo espero, aunque a usted no le guste.

FERNÁNDEZ

Sí.

NICOLASA

Si espero es cosa mía, ¿estamos?

FERNÁNDEZ

Estamos.

Pausa.

NICOLASA

Voy a llevar estas sábanas para cambiárselas. No haga ninguna estupidez. Vuelvo enseguidita.

FERNÁNDEZ asiente con la cabeza. NICOLASA mira de reojo a FERNÁNDEZ un par de veces mientras se acerca a la salida. Finalmente sale y cierra suavemente la puerta.

Por un momento FERNÁNDEZ se queda con la mirada clavada en el lugar por donde salió NICOLASA. Luego se acerca al ropero, busca entre los papeles y elige dos. Los compara. Se queda con uno. Se hace de una pluma agrega algo a gran velocidad. Relee lo escrito y lo deja mansamente sobre el calentador. Luego guarda el plato y la cuchara dentro

del sobretodo, toma su guitarra y un libro. Echa una última mirada al lugar. Abre apenas la puerta y espía que no haya nadie. Sale con suavidad.

Por un momento la escena queda vacía.

Luego llaman a la puerta. Después de dos intentos la puerta se abre. Es GÓMEZ. Recorre el lugar buscando a FERNÁNDEZ. En medio de su revisión encuentra la nota. La lee. Se rasca la cabeza, incómodo.

Entra NICOLASA con un juego de sábanas. Al ver a GÓMEZ se sobresalta.

NICOLASA

¿Quién es usted?

GÓMEZ

Un colega de Fernández. Usted debe ser Nicolasa.

NICOLASA

Sí. ¿Y qué hace acá?

GÓMEZ mira la nota que tiene en la mano.

GÓMEZ

Ya no tiene importancia.

GÓMEZ le extiende la nota a NICOLASA.

NICOLASA la toma y la pone del derecho y del revés.

GÓMEZ

¿Sabe leer, Nicolasa?

NICOLASA

No sea impertinente.

Pausa. NICOLASA se angustia. GÓMEZ extiende la mano.

GÓMEZ

¿Me permite?

NICOLASA, aún orgullosa, le da la carta. Previendo lo que está por suceder, saca un pañuelo. GÓMEZ lee con lentitud.

GÓMEZ

“Me atrevo a escribir esta carta, señora mía, porque sé que usted no puede leerla...”

NICOLASA

(Secándose una lágrima). Otro impertinente.

GÓMEZ

(Continuando). “Pero sé también que ese feliz obstáculo puede ser traicionado por mi buen escudero Gómez...” (Se miran, sabiéndose idiotas). “No navego, como parece, con la seguridad de quien sabe a dónde va. Es una condición de la eternidad. Como lo es que no haya fin, ni principio. Por eso nuestra historia, amada mía, nunca ha comenzado, ni terminará jamás, ya que siempre estuvo ahí, soñada y despierta, fugaz y permanente. Que si el amor se fuera, nada quedaría sin doler. Pero mientras dure, es decir para siempre, de todo hará placer.”

Durante un momento quedan inmóviles y en silencio. Luego, con morosidad, GÓMEZ se dirige al ropero. NICOLASA se queda demorada observando su pañuelo mojado.

GÓMEZ saca del ropero todos los papeles que hay en él y suma la carta que acaba de leer. Acomoda los papeles que puede en su maletín, y como no entran, apila el resto para poder cargarlos bajo el brazo.

De pronto, Nicolasa advierte la operación de GÓMEZ y se le acerca. Le saca los papeles. Busca. Entonces GÓMEZ la detiene. Busca él mismo y le da su carta.

NICOLASA la toma, la ve sin mirar. La dobla, la lleva a su pecho.

GÓMEZ sonríe con tristeza e incomodidad. Le lleva con afecto una mano al hombro. Luego se va sin mirar atrás.

NICOLASA mira a su alrededor, aferrando la carta y las sábanas. Se dirige al calentador. Pone la pava. Vuelve a secarse una lágrima. Va hacia el catre y se sienta. Tiene las sábanas en su regazo. Abre la carta la cierra. Se deja llevar por un leve movimiento pendular.

NICOLASA deshace una sábana y se cubre. La pava empieza lentamente a hacer ruido.

La escena queda en penumbra, mientras en otra zona, FERNÁNDEZ queda iluminado. Tiene su guitarra. Habla, mientras deja que la guitarra cante.

FERNÁNDEZ

Me cuentan que estuve durmiendo. Es decir, estuve unas horas sin ver un mundo que no han cesado de ver los que me cuentan que estuve durmiendo.

El Mundo es un sueño sin soñador: un solo sueño, sólo un sueño y el sueño de uno solo; por tanto, el sueño de nadie. Es más real, cuanto más sueño es.

El mundo está lleno de inexistencias porque los signos matan a las cosas: el luto al dolor, la misa a la fe, el sueño a ese pormenor llamado realidad.

¿Qué importa? Si los sueños han existido siempre. Son la única forma de vida. Son tan frecuentes como el mar y la lluvia, como la vigilia y el amor.

Creo en el sueño. Creo en la memoria personal del sueño. Creo en la eternidad del sueño de todo lo que fue persona alguna vez.

La guitarra deja de sonar. Fernández sonríe apenas.

FERNÁNDEZ

El resto, se lo entrego al Misterio.

APAGÓN.

Enrique Papatino

Correo electrónico: epapatino@gmail.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace.

Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2026)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires.
Argentina.

www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar